

La Nota

MANUEL PEREZ SEOANE



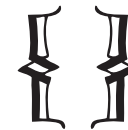
MANUEL PEREZ SEOANE

La Nota

Autor: Perez Seoane, Manuel

Diseño de tapa e interior: Valeria La Maestra
Primera edición en la Argentina: Abril de 2013

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.





La Nota



*Una novela de ficción
escrita por*

MANUEL PEREZ SEOANE

bajo el seudónimo GAS





Nada más simbólico para definir la redacción del Metrópolis que su puerta de entrada. De bronce macizo, era una de esas puertas giratorias que provocan respeto. Un paso mal dado, a destiempo, podía provocar una caída y una caída podía provocar nada más ni nada menos que un golpe fatal causado por una de las pesadas hojas de la puerta.

Cuando el diario apenas tenía un año de vida, la puerta originó un accidente que, de no haber sido por la rápida reacción de uno de los fotógrafos, podría haber terminado en la sección de catástrofes del diario. Como todos los días, el cartero de esa zona intentó ingresar apurado, con su bolso pesado con correspondencia, cuando un paquete

que tenía en la mano se le cayó al piso y quedó atorado entre la parte inferior de la puerta y el piso, con tanta mala suerte que quedó atrapado entre dos hojas de la puerta y la pared de cristal de la recepción.

Parecía un pez en una pecera, con la boca pegada al vidrio, intentando pedir ayuda a los empleados que esperaban el ascensor en el hall del edificio. Pero el ascensor llegaba y las personas subían sin escuchar los gritos que se confundían con los ruidos de la calle. Minutos más tarde, un fotógrafo, que recién llevaba una semana trabajando en el diario, quiso entrar en el edificio y se encontró con la puerta giratoria trabada. Al levantar los ojos, se encontró con el cartero atrapado, que tenía la frente empapada y un gesto de pánico, difícil de olvidar. El fotógrafo, que traía el diario debajo del brazo, lo deslizó por el piso hasta alcanzar el paquete atorado, que enseguida se movió y liberó la puerta.

Un segundo más tarde, la puerta volvía a girar en círculos, como si nada hubiese ocurrido.

Lo mismo pasaba en la redacción del diario. La vida parecía detenerse cuando llegaba un cable de último momento con alguna noticia terrible hasta que un rato más tarde, cuando los periodistas lograban exorcizar su miedo contándoles la tragedia a otros -compañeros, familiares o a los mismos lectores-, todo parecía volver a su lugar. De todos modos, el diario se ocupaba de condimentar los días trágicos con pequeñas fiestas que organizaban cada vez que había algún motivo real para brindar. Un casamiento, un hijo, una buena crítica de algún artículo, todos eran motivos suficientes para que el sector de recursos humanos organizara un pequeño brindis que siempre terminaba con algunas palabras del jefe de turno, resumiendo la importancia de pertenecer a esa gran familia que era el diario Metrópolis.

No había dudas de que para muchos empleados, la redacción era su segundo hogar, debido a la cantidad de horas que pasaban adentro de un mundo diferente pero paralelo al fin del mundo real, cuando sucede algo en la calle, en la ciudad,

en el país, en el mundo un rato después comienza a repetirse y vuelve a suceder entre conjeturas apoyadas a veces por pericias y grandes investigaciones o simplemente por algún bocón que por unos pesos inventó todo evitando que se descubra la verdad, trabajar en lo cierto detectando la mentira es una parte del trabajo diario del periodista, casi descansando en la suerte y cuan moral o inmoral sea este, la verdad llegará a ser noticia también.

Un ejemplo era Dylan Bater. Un tipo elegante, no muy alto, refinado, que trataba de disimular como podía todas sus fobias, como su bolígrafo de color negro... decía que sienta bien sobre el papel blanco, sus camisas muy cuidadas como los dedos de los pies o el papelerero siempre vacío. Sus pasos eran los primeros en escucharse por los amplios pasillos de mármol del diario, y su saco junto a su sombra eran los últimos en desaparecer del perchero cuando caía la noche.

Odiado y respetado a la vez, Dylan era de esa clase de periodista que hoy están en extinción:

cada vez que su olfato de investigador detectaba algo raro, jamás se detenía sin importar quién o quiénes están detrás de la historia, después de tantos años fue así que provocó que sus columnas sean las más leídas en la city.

El *Metrópolis* se fundó a principio de 1920, pero fue en los principios de los 60, hasta la fecha que se había ubicado en el primer lugar dentro del ranking de matutinos.

En invierno, el diario llegaba a duplicar sus páginas. Entre las historias de los sin techo muriendo congelados, la delincuencia de todos los días y la temporada de fútbol, por los pasillos del diario se entraba en calor enseguida.

Constantemente el periódico preocupado por conservar su imagen, evitando los descréditos, mandaba a *hacer focus group* para conocer las preferencias del público. En todos los testeos de mercado, la columna de Dylan era la más leída y por eso preferida del público. Siempre se repetía su nombre, el de Dylan Bater. La mayoría de los casos fueron esclarecidos por él y seguidos

a diario durante semanas por la gente, esa fidelidad que él sentía del ciudadano era al fin la razón para no engañar y buscar la verdad.

Sin embargo, por alguna razón que nunca aclararon, sus miembros jamás lo votaron para que ocupara el puesto de Director general del diario, para su suerte. Concentrado en lo suyo, Bater jamás le había dado demasiada importancia a ese hecho. Lo suyo era el desafío de la hoja en blanco, contar historias; no podía imaginarse alejado de los misterios y las dilucidaciones.

Había algo más que siempre había obsesionado a sus colegas: en cada una de las notas del periódico siempre aparecía la foto junto a la firma del autor, excepto en la de Dylan.

Sólo una vez él se refirió a ese hecho, en un almuerzo de trabajo, y estas fueron las palabras que pronunció: *Una foto puede ser el principio del fin. El Directorio lo sabe.* Una década más tarde, uno de sus compañeros recordará su expresión, tal como Dylan la dijo ese mediodía. En su pensamiento repetía una y otra vez como

adivinado un presagio.

En lo últimos días de Enero de 1985, el ritmo predecible de la vida de Dylan Bater sufrió una alteración. Por lo menos, es lo que su mujer, Susy, contó después. El matrimonio no estaba pasando por su mejor momento, ella le reclamaba a él más presencia y participación. Él sólo respondía que cuando terminara con esa investigación, iba a pasar más tiempo con ella y Peter, su hijo de casi tres años. Era justamente eso lo que la enfurecía: siempre había una investigación para Dylan.

Desde que había nacido Peter, Susy había dejado su profesión de bióloga, para dedicarse tiempo completo a su hijo. Aunque jamás se lo había dicho a su esposo, ella sentía que era la única forma de compensar el poco tiempo que el padre pasaba con el hijo. *Es chico, no entiende,* decía Dylan cuando ella le explicaba que todos los chicos necesitan un padre.

Sus compañeros de la redacción lo estimaban, aunque no dejaban de pensar que era un

personaje misterioso. Algunos decían que su secreto para escribir relatos tan complejos y bien descriptos era justamente el ahorro de palabras. *Habla poco para escribir mucho*, murmuraban los más viejos a los más jóvenes. Otra de las cosas que lo hacían misterioso eran los anónimos y las amenazas que recibía constantemente. *Los anónimos condimentan las investigaciones*, solía decir cuando alguna secretaria le acercaba algún sobre extraño. Sin embargo, el sobre negro que le llegó el 27 de Enero de 1985, no mereció ninguna de sus frases sarcásticas, a las que las secretarías estaban acostumbradas. Adentro del sobre, había una foto suya, con una cruz roja de lado a lado. Lo que extrañó tanto a Dylan no fue el mensaje de muerte que la nota insinuaba, sino que el de la foto era él pero en un lugar y con una ropa que desconocía. Si bien no era de tener una muy buena memoria, sabía que algo no andaba bien, esa camisa.... esa corbata... sospechaba que no le pertenecían, su paranoia muchas veces le previno algunas dificultades.

Nadie en la redacción excepto su amigo Louis Phetersen vio jamás esa foto. Como es habitual, lo primero que pensó Dylan fue que había algo que estaba investigando que interfería en los intereses de alguien poderoso. En ese momento eran tres los casos que lo tenían ocupado: el primero era un caso de un policía que estaba sospechado de importación de prostitutas de Corea. Jim Reminton era un policía con muchas relaciones en el gobierno, principalmente en el senado. Y Bater había conseguido fotos de tres senadores acompañados por atractivas mujeres orientales. Bater ya había logrado confirmar que eran ilegales, lo que restaba era comprobar que Reminton hubiera sido quien las había llevado de Corea a Nueva York. Otra de las investigaciones era el caso de un laboratorio que había pasado en pocos años de ser un pequeño instituto de análisis clínicos con 30 empleados a ser un megacentro de biotecnología, con un sistema de seguridad inviolable tanto para ingresar a la empresa misma como para conseguir

información de los estudios que allí realizaban. El tercer asunto era el menos interesante para Dylan: le habían llegado anónimos con insinuaciones de doping en la liga nacional de básquet, el único deporte que le atraía a Bater.

La misma tarde que llegó el sobre negro, recibió un llamado anónimo de un ex empleado del correo del centro de biotecnología que decía tener pruebas importantes. *Uno más que tiene una prueba importante*, pensó Dylan, mientras agendaba una cita con el hombre al día siguiente en un bar que no conocía en los suburbios.

A las 12:30, Dylan Bater estacionó su auto azul en el estacionamiento del restaurante Harday. Había por lo menos 20 personas, que estaban absortas siguiendo por televisión un partido de los Brooklyn Dodgers contra los New York Giants. En una de las mesas del centro, un hombre de unos 60 años, que tenía los pocos pelos que le quedaban despeinados y que llevaba puesto un impermeable gris. Al verlo a Dylan, el hombre se sorprendió. Recién unos segundos más tarde,

hizo un gesto con la mano derecha invitando al periodista a su mesa. A Dylan Bater le pareció muy curioso que se hubiera ubicado en una de las mesas principales y no en una de las mesas del fondo. *Se está más a resguardo a la vista de todos que a la vista de nadie*, pensó, queriendo recordar esa frase para usarla en alguna de sus columnas. Sin demasiada simpatía, Dylan se presentó. El hombre se disculpó por no poder darle su nombre, ni su teléfono. Después de pedir algo para beber, la pregunta de rigor - ¿me asegura confidencialidad absoluta?- le relató que había trabajado durante buena parte de su vida en el instituto de biotecnología y que tenía datos precisos de su enriquecimiento explosivo. *Para eso vine*, le cortó Bater, demostrándole impaciencia. Dylan tomó nota en su libreta de bolsillo de todos los datos. Entre ellos, figuraban el número de una cuenta en un paraíso fiscal y el nombre de un científico que había desaparecido después de trabajar 10 años en el instituto. Luego de darle la información, el hombre le dijo

que había algo más y le entregó un sobre. *Esta es la pista más importante, no le puedo decir más*, le dijo, y le pidió que lo abriera recién cuando llegara a la oficina. Apenas subió al auto, Bater abrió el sobre. Había un pequeño papel con un nombre escrito en lápiz. Era una clave. Dylan no se conformó con ese papel, por lo que bajó del auto y entró de nuevo al bar a buscar al hombre, pero ya no estaba.

Con la nota en la mano, Dylan fue al archivo del diario. En el buscador escribió la palabra clave: CELEOENE. Pero no obtuvo ningún resultado. Después se dirigió a la guía telefónica del estado de Nueva York, pero los apellidos saltaban de Celentano a Celes. Por lo menos según la guía, no había nadie con ese nombre.

En poco tiempo, a las notas, se sumaron los llamados telefónicos. La amenaza siempre era la misma: *si no la cortás, te matamos*.

Las reglas del Metrópolis eran claras con respecto a las amenazas: era obligación de quien las recibiera, denunciarlas a la oficina de Seguridad

Interna. Dylan no hizo caso de las normas y siguió adelante con la investigación solo, algo que tampoco le disgustaba demasiado.

En uno de los tantos catálogos que recibía por correo, había encontrado un aparato que le podía servir en sus investigaciones. Esa tarde, cuando salió de la redacción fue derecho al negocio que vendía en forma directa los productos promocionados en el catálogo a comprar un *id-caller*, para identificar los llamados.

Apenas llegó al otro día a la oficina, lo primero que hizo fue instalarlo. Eran tan pocas las personas que lo visitaban en su box y tantos los papeles que cubrían su escritorio, que nadie le preguntó nada acerca de ese aparato nuevo.

El 18 de Marzo de 1985, Dylan desayunó en su casa, con su hijo y su mujer. En general, Susy le llevaba una taza de café, que él tomaba apurado mientras se vestía. Pero el cumpleaños de Peter y su mujer le había pedido especialmente que desayunara con ellos.

Mientras lo acompañaban hasta el auto, Dylan

le contó a Susy que a las 17 tenía una reunión importante en la que se suponía que los Jefes de Secciones y de Redacción iban a hacer un anuncio importante. *¿Serás vos el elegido?*, le preguntó Susy cuando lo despedía en la puerta del departamento. *Ojalá que no*, respondió Dylan con una mirada tan triste, que a Susy le llevó años de tiempo y de terapia para olvidarla. *Nos vemos a las 19:30 en el Little Italy*, les gritó Dylan a su mujer y su hijo, mientras el auto arrancaba. Su hijo corrió a darle un dibujo que había hecho para su papá cuando desayunaban. Nadie imaginaba que esos garabatos iban a ser fundamentales para resolver un misterio.

Apenas llegó a su escritorio, se anotó en un *post-it 19:30, Little Italy*. Cuando volvió de comprar un sándwich en el bar de planta baja, el *post-it* ya no estaba.

Ese día, Dylan Bater no entregó su columna diaria, tampoco entregó una nota para la revista dominical, en la que a veces escribía; lo único que hizo en todo el día fue revisar una y otra

vez los apuntes y los informes que había recopilado del caso del laboratorio. Intuía algo pesado detrás de ese caso. Lo extraño es que sentía que de alguna manera lo que investigaba tenía que ver con él.

A la tarde, cuando estaba a punto de dirigirse a la reunión del piso 25, Dylan Bater recibió un anónimo más, esta vez, en forma telefónica.

Justo estaba poniéndose el saco cuando atendió el teléfono, así que metió su mando en el bolsillo y sacó el primer papel que encontró, el dibujo de su hijo. *Cuidate Bater, estás demasiado cerca. Nunca te preguntaste por qué nunca sale tu foto*, y el llamado se cortó abruptamente.

Dylan Bater jamás se había detenido a analizar por qué su foto jamás acompañaba su columna. Hasta ese momento, había creído que los directores lo habían establecido así para protegerlo. Su popularidad entre los lectores había crecido en los últimos años y en definitiva a él le convenía que nadie conociera su rostro. Pensativo, anotó la clave que le había dejado en el sobre la persona

que había entrevistado el día anterior: *Celeoene*. Pero todavía faltaba lo peor. Cuando se paró nuevamente para ir a la reunión, miró el identificador. Quedó sin aliento cuando vio que el número era de alguien de allí adentro. Tuvo que desabrocharse dos botones de la camisa, porque enseguida empezó a sentir un sudor helado recorriéndole el cuerpo. Las siluetas de sus compañeros, parecían girar alrededor de él, las voces parecían risas y él, el motivo de esa risa. Se sacó el saco y se arremangó la camisa, necesitaba aire.

Alcanzó a meter el dibujo de su hijo en el bolsillo, y salió corriendo al baño. Frente al espejo, se lavó la cara una y otra vez. Más tarde, alguien se preguntará si sería por lo que había pasado recién o por lo que iba a pasar.

En el bolsillo siempre llevaba un medicamento para esas ocasiones. Era un relajante natural, que le había recomendado una vez un empresario al que había entrevistado. Tomó la pastilla y esperó a estar un poco más tranquilo para subir

a la reunión. Siempre decía que las decisiones no se pueden tomar hasta estar en calma, así que prefirió no ir a enfrentar al directorio, estando así; ya que sabía en su foro más íntimo que la sospecha de las últimas amenazas partían de alguna de las personas de esa mesa. Todavía quedaba por resolver quién era.

Por primera vez iba a llegar puntualmente a una cita con su familia.

Aunque todavía seguía aturdido por el llamado, sabía que en caliente no podía aclarar nada. La reunión había intrascendente para él, como cada vez que anunciaban cambios importantes. Una nueva sección en la revista de los domingos. A las 18:30, apagó su computadora y se dirigió al estacionamiento. Un joven que nunca había visto lo esperaba al lado del auto, como si hubiera sabido que Bater iba a ir a esa hora a buscar su auto. *Le limpié el auto, señor*, le dijo. Dylan, a cambio, le dio unas monedas, subió al auto y se fue.

Justo enfrente del restaurante donde se encontraría con su familia, había un pequeño centro

comercial. Allí pensaba comprarle un regalo a Peter. Faltaban apenas tres cuadras para encontrarse con su familia. Pero cuando estaba por girar a la izquierda, para tomar la calle del *Little Italy*, vio por el espejo retrovisor que el auto que iba detrás estaba demasiado cerca.

Susy y Peter ya habían llegado al restaurante y lo estaban esperando en el hall de entrada. Pero Dylan nunca llegaría: cuando dobló, dos autos que estaban estacionados a cada lado de la avenida, arremetieron contra él. Según contarían después los testigos, Dylan Bater perdió el control del auto, como si no hubiera podido detenerse al ver a los autos que se dirigían hacia él. Una señora que paseaba a su perro, relató a alguien que una persona bajó del auto de atrás, se acercó hasta el conductor, hizo un llamado desde su teléfono celular, después subió a su auto y se fue. Era de suponer que había llamado a una ambulancia, por lo que nadie hizo ningún llamado por un buen rato. Hasta que a los 15 minutos, cuando no llegaba ni la policía ni la ambulancia, un señor

que había visto todo desde la parada de un autobús, llamó a emergencias.

La ambulancia llegó 20 minutos después, pero ya era tarde. Dylan Bater había fallecido en el acto, víctima del fuerte y doble impacto.

Susy y Peter, acostumbrados a esperar, llamaron a la camarera y se acomodaron en una mesa. Eran los únicos en el salón. Después de elegir una mesa, Peter empezó a jugar con los dos autitos de colección que siempre llevaba a todos lados. Un Mustang y un Mercedes Benz, como el de su papá. Una de las camareras, se acercó al televisor que estaba apoyado en una de las columnas y subió el volumen, cuando escuchó que allí a la vuelta había ocurrido un accidente. Fue así, a través de las noticias, como no podía ser de otra manera que Susy se enteró que Dylan Bater, "un reconocido periodista del diario *Metrópolis*", había tenido un accidente fatal. Por suerte, la foto de Bater no apareció en ningún momento en la pantalla. Susy Bater escuchó la noticia y sin pronunciar una sola palabra, se quedó inmóvil.

En silencio, observó a su hijo durante un largo rato, siguió durante minutos el trayecto de ese auto miniatura, del mismo color y la misma marca que el de Dylan, que se escondía y aparecía, que se estrellaba contra el servilletero, caía al piso y luego de levantarlo, volvía a la mesa y seguían andando. Le pidió a una de las camareras que cuidara a Peter mientras iba a al baño.

Cuando llegó al baño, puso la traba, abrió todas las canillas de los lavamanos y con ese sonido de agua cayendo, dejó escapar un grito que pareció un aullido, y lloró.

Unos minutos más tarde, volvió a la mesa, apoyó un billete para la camarera, agarró a Peter de la mano, y se fue a la comisaría.

Allí, no estaba ninguno de los testigos, tampoco había alguna persona del diario. No porque ya se hubieran ido, sino porque nunca habían llegado. Y jamás llegarían. Ella se sintió aliviada porque pensó que no podría enfrentar las palabras de consuelo y las preguntas de los demás. Lo único que le trajo el oficial de turno fue un expediente

con un solo folio. En la tapa de la carpeta, había una etiqueta: *falla mecánica* y así, la muerte de uno de los más sobresalientes investigadores de esa época, pasó al archivo sin testimonios, ni pruebas. Después de firmar el expediente, el oficial le entregó una caja con las pertenencias de su marido, y un papel escrito a mano, con la dirección y el horario en que podría enviar a retirar el cadáver.

Después del entierro, Susy no quiso recibir a nadie, ni siquiera a Louis Phetersen. El viejo compañero de Dylan por la tarde le alcanzó algunas cajas en las que había documentos que certificaban tantos años de historias e investigaciones; la gran mayoría de ellas terminaban en la columna del domingo.

En los días siguientes, Susy sólo se ocupó de romper todo recuerdo de su marido: las fotos, las pocas cartas de amor que alguna vez le había escrito, los dibujos que le había hecho a su hijo. Dos cajas de cartón fueron el único regalo que Peter recibió para su cumpleaños. Su madre,

para no verlas, decidió guardarlas en el estante más alto del placard del chico.

Confundida y deprimida, lo único que conservó de Dylan fue una foto del primer cumpleaños de Peter, y el recorte de la pequeña nota que había publicado el diario, con motivo de su muerte.

Se pasó escribiendo sobre otros y nadie escribe sobre él, le dijo Susy a Louis Phetersen, el colega de Dylan, que llamó todos los días durante un mes, para saber cómo estaban y si necesitaban algo. Hasta que un día dejó de llamar. Louis Phetersen hizo solamente un llamado por año a la familia de su amigo, los días del aniversario de la muerte de Dylan.

El 18 de Marzo pasó a ser la peor fecha del calendario de Susy y Peter Bater. Estuvieran en la ciudad que estuvieran, recordaban el cumpleaños de Peter y el fallecimiento de Dylan tratando de olvidar. Madre e hijo conocían la rutina de ese día: desde la mañana ir a un centro comercial, después al cine y por último a alguna charla en alguna iglesia o institución, cualquier excusa era buena para pasar ese día lo más rápido posible. Las cajas pasaron a ser elenco estable de sus mudanzas. Cuando se instalaron en Tustin, Susy las volvió a guardar en el placard de Peter, a quien le dijo que creía que ya era tiempo de abrirlas, pronto Peter cumpliría 18 años.

Una tarde como cualquier otra, cuando Peter

buscaba unas fotos de sus compañeros en uno de los cajones de su placard, vio las cajas y por primera vez sintió ganas de abrirlas. Cerró la puerta con llave y como en un ritual, encendió un cigarro y con una cuchilla cortó la cinta adhesiva que sellaba de un lado a otro las cajas. En una de ellas, estaban las cosas de la oficina de su padre: cinco anotadores, cuatro lapiceras, diez lápices negros con la punta perfecta como si alguien las hubiera afilado un instante atrás, cuatro carpetas con informes, recortes y apuntes, y un identificador de llamados que no funcionaba, obviamente, porque las baterías se habían gastado en todos esos años. A Peter le divirtió saber quién llamaba antes de atender, aunque en realidad en esa casa se recibieran muy pocos llamados telefónicos por día. Así que lo sacó y lo instaló junto al teléfono de su mesa de luz.

Como en un estado hipnótico, Peter pasó toda la noche sin dormir, agarrando una y otra vez cada una de las lapiceras, lápices y cosas de su padre. Las agarraba, las acariciaba, las olía. Tenía tantas

dudas acerca de su padre, del que sólo tenía una foto. Su muerte había sido un misterio. Después del accidente y del informe en el noticiero el día de la muerte, nunca se había vuelto a publicar ninguna nota acerca de Dylan Bater.

En la otra caja, estaba la ropa que vestía el día del accidente: un traje color manteca, una camisa celeste y unos zapatos marrones con punta de acero. *Podrían haberlo mandado a la tintorería*, pensó Peter, mientras guardaba el traje en su placard. Ya encontraría un buen motivo para usarlo, aunque sin duda tendría que plancharlo.

El motivo llegó el 10 de Diciembre de 2003, el día de la graduación de Peter. Cuando a la hora que tenían que partir hacia el colegio, la mamá tocó la puerta de la habitación de Peter, el tiempo se detuvo para Susy: su hijo lucía el traje claro de Dylan, el que llevaba puesto esa mañana que lo vio partir por última vez. Los dos prefirieron no decir nada, al igual que habían hecho los días después del accidente. *El que tenía facilidad de palabra era tu Dylan, yo prefiero decir lo que*

siento sin decirlo, le explicó Susy a una amiga en una oportunidad, cuando le cuestionaban su falta de explicaciones con su hijo.

Con el diploma también le entregaron una medalla, por haber obtenido uno de los diez mejores promedios. Ni bien se sentó, Peter buscó un lugar seguro para guardar la medalla. Quizá por intuición, tanteó en el interior del saco y encontró un bolsillo escondido. Al meter la mano, tocó algo con la punta de los dedos. Era un papel. Con los aplausos de fondo, Peter abrió el papel que estaba doblado prolijamente en partes iguales. El corazón se le detuvo cuando se encontró con un dibujo hecho por él mismo, cuando era chico. Hizo un esfuerzo para recordar algo más de ese dibujo. En lapicera, había una fecha: 18 de Marzo de 1985. Seguramente su padre había sido de esas personas que siempre ponen fecha al dorso de las fotografías, los recortes, los dibujos. Con lágrimas brotándole sin control, Peter se levantó y dejó la ceremonia. Todo parecía darle vueltas. A pesar del esfuerzo

que había hecho junto a su madre para olvidar todo acerca de su padre, el dibujo le disparó flashes de su infancia, cuando su padre todavía vivía. Volvió a mirar el dibujo y pudo verse a él mismo corriendo para entregárselo a su padre, que se iba a trabajar. Después, se desplomó en un pasillo. Un alumno de otro año, lo vio tirado y enseguida llamó al secretario del colegio que, por micrófono, pidió que la madre de Peter Bater se acercara a Secretaría. Cuando Susy lo encontró, Peter estaba recobrándose. Aunque todavía no podía hablar demasiado, le mostró a la madre el dibujo que acababa de encontrar. *Ya tendremos tiempo para hablar de esto, Pet*, dijo Susy y guardó el papel en uno de los bolsillos de Peter. Durante tres días, Peter no salió de su habitación. No fue a la fiesta de graduación con sus compañeros, tampoco al día de campo, que habían organizado sus compañeras para el día siguiente. Susy lo quiso convencer de ir al médico, pero Peter le aseguró que no estaba enfermo.

Recién al cuarto día se animó a agarrar de nuevo

el papel. Después de mirar y mirar el garabato, encontró algo escrito en lápiz en un extremo del dorso: *Cuidáte Bater, estás demasiado cerca. Nunca te preguntaste por qué nunca sale tu foto.* Al lado, había un número de teléfono.

Peter Bater pasó el invierno encerrado en su casa. De la biblioteca del colegio, sacó todos los libros de misterios y casos policiales. Empezó por *Los crímenes de la calle Morgue*, de Edgard Allan Poe. Después siguió con Doyle y su *Estudio en Escarlata*. Sherlock Holmes se convirtió en su ídolo, tal vez porque pensaba que podía tener algún parecido con su padre. También, alquiló todas las películas policiales. Desde los misterios resueltos por Poirot hasta la macabra *A sangre fría*, de Truman Capote. Peter vio una y otra vez cada uno de los thrillers que se alquilaban en el videoclub.

El día de su cumpleaños, fue un día más. Por lo menos lo fue hasta el mediodía. Como era costumbre, su madre le ofreció ir a algún shopping o al cine, pero Peter pensó que ya era tiempo

de dejar de olvidar.

El que no dejó de lado su costumbre para esa fecha fue el amigo de su padre, Louis Phetersen. A las 12 en punto, como hacía todos los años, llamó para hablar con Susy y preguntarle cómo estaban ella y Peter. Pero esta vez, el llamado intrascendente de cada año, cambió el rumbo de los siguientes meses en la vida de Peter, que estaba en su cuarto, viendo por cuarta vez una película que había alquilado, cuando sonó el teléfono. Estaba tan impregnado de novelas de misterio, que cada vez que escuchaba el teléfono miraba el identificador de llamados. Sonaba tan poco el teléfono en esa casa que ya sabía de memoria los números: el del trabajo de su madre, el del novio de su madre y los de sus dos mejores amigos. Esta vez, el número no era ninguno de esos. Le resultaba conocido pero no podía precisar de quién era. Era un teléfono de otra ciudad, porque tenía un prefijo. Peter levantó el teléfono y escuchó una voz masculina.

- *Peter, ya atendí*, dijo Susy.

- ¿Peter?, dijo Louis, *soy Louis Phetersen, un viejo amigo y compañero de tu padre, ¿cómo estás?*.

- *Bien, gracias*, dijo Peter y cortó.

Recién pudo dormirse a las 5 de la mañana, cuando la cinta de *El juego* empezaba a fallar, después de ser vista siete veces. Cuando se despertó a las 2 de la tarde, lo primero que hizo fue encender el televisor para ver de nuevo la misma película, cuando haciendo zapping, mientras la cinta se retrocedía, se quedó viendo un dibujo animado llamado *Metrópolis*. Se rió como si fuera un chico, con los delirios de esos personajes cuando dejó caer el control remoto al piso. Se levantó, buscó en el traje color manteca de su padre, levantó la persiana y se acercó a la ventana para leer con claridad el dorso del papel que había encontrado en el bolsillo escondido del saco. Del otro lado del garabato de Peter, había un número de teléfono. Con el papel en la mano, corrió hasta el identificador, buscó hacia atrás en la memoria del aparato, que almacenaba

hasta 100 números, y comparó el número. Era el mismo.

Sin saber qué iba a decir, tomó el teléfono y marcó.

- *Louis Phetersen, ¿quién habla?*, preguntó alguien del otro lado.

Peter colgó enseguida. ¿Por qué su padre iba a escribir el número de su amigo en ese papel?. Si trabajaban juntos lo tenía que saber de memoria. Su mirada recorrió el dibujo de arriba abajo y de abajo a arriba varias veces. Hasta que sus ojos se clavaron en una palabra que había escrita en el margen superior del dorso. Leyó esa palabra extraña una y otra vez. Celeoene, celeoene, celeoene. No le decía nada.

Dos horas más tarde, volvió a llamar.

- *Louis Phetersen, ¿quién habla?*, preguntó apurado.

- *Peter Bater*, respondió.

El primero en romper el silencio que siguió fue Peter. Le explicó que después de 15 años de no saber nada de su padre, había encontrado un

papel con un mensaje y ese número de teléfono. Tenía ganas de saber algo más de la historia de su padre. Quería saber, también, acerca de la verdadera historia de su muerte. Para su sorpresa, Louis Phetersen le dijo:

- *Ya era hora de dejar de olvidar.*

Peter había dicho exactamente esas mismas palabras unos días atrás.

Pensó que esa coincidencia era una buena señal y le prometió a Louis viajar en las próximas semanas para encontrarse con él. Nunca había viajado solo, pero sentía que era justo lo que necesitaba. Tenía que pensar en una buena excusa para convencer a su madre. Enseguida se le ocurrió. Lo mejor sería decirle que como viaje de egresados quería ir a Nueva York a visitar a la *nanny* Mary, que lo había cuidado durante 10 años, después de la muerte de Dylan, cuando Susy se vio obligada a volver a trabajar.

Antes de decirle nada a su madre, Peter se aseguró de que Mary pudiera recibirlo. La niñera lo había invitado en varias ocasiones, así que

apenas Peter le contó que quería viajar a Nueva York, ella le rogó que se hospedara en la casa de ella. A Susy la idea no le encantó, pero hacía tiempo que sentía que los dos se merecían vacaciones de ellos mismos.

La vieja Mary le dio una bienvenida tan cálida, que Peter se sintió un poco incómodo, había olvidado la efusividad de esa señora gorda con aspecto de abuela de dibujito animado. Le hizo tantas preguntas, que sintió la necesidad de salir a dar una vuelta para tomar un poco de aire.

Después de caminar por calles desconocidas, entró a un café repleto de estudiantes. Peter se sentó en la última mesa, al lado de la ventana. La gente de Nueva York se veía más alegre que la gente de Tustin. Recorrió con la mirada cada mesa hasta que se detuvo en una mesa cercana en la que cuatro estudiantes discutían entusiasmadas. Sin disimulo, siguió mirándolas, hasta que sus ojos se cruzaron con los de una de ellas. Tenía pelo oscuro y piel trigueña. Sus rasgos parecían dibujados. Después de decirles algo a

sus amigas, la chica se paró y caminó directo a la mesa de Peter, que al darse cuenta de esto, giró la cabeza bruscamente, simulando buscar algo. Sin una pizca de timidez, la chica lo saludó y le entregó un volante que anunciaba una fiesta de estudiantes de Psicología en ese mismo bar, esa misma noche. La chica le preguntó si estudiaba Psicología y Peter le respondió que no, que estaba de visita por unas semanas.

A los minutos, Caroline Bell estaba cómodamente sentada en la mesa de Peter, contándole de la carrera, de los trabajos especiales de la Universidad, de los problemas que tenía con su hermanastro, al que había dejado el departamento que había heredado para no soportar más su acoso, de sus compañeras de cuarto. La vida de su nueva amiga se fue dibujando en el humo que despedían los cigarrillos mentolados que la estudiante encendía uno tras otro, como combustible necesario para sus relatos.

A las 12:15, Peter se despidió de Caroline, con la promesa de ir a la fiesta. Luego, se dirigió a las

oficinas del Metrópolis. Al llegar, dio un nombre falso, por indicación de Louis Phetersen, que lo estaba esperando en una pequeña y oscura oficina. El escritorio estaba cubierto de platos descartables sin descartar, de servilletas usadas, de papeles, lapiceras, un diccionario y una enciclopedia de la historia del cine. Desde hacía una década, Phetersen había pasado de la sección *Policiales* del cuerpo principal del diario al inofensivo suplemento de *Espectáculos*.

Los periodistas de esa sección recién llegaban después del mediodía, lo que permitió que los dos pudieran conversar sin interrupciones y sin público que pudiera escucharlos. Louis empezó a hablar sin que Peter le preguntara nada. Como si hubiera sido un acto en homenaje a Dylan Bater, Phetersen resumió en su discurso las cualidades de su padre como periodista y como persona. Al referirse a su desaparición, Phetersen se quebró. Peter lo observó y dejó que siguiera hablando. Si algo había aprendido de las películas, era que había que dejar hablar a quienes podían aportar

datos. Así fue, como en una confesión, Louis Phetersen terminó contándole que era el único que sabía que estaba amenazado y que por eso él lo había tratado de ayudar. Pero eso no era todo. En esa época, Louis Phetersen iba a correr a Central Park todas las mañanas, muy temprano. Aunque nunca había pedido permiso, después de correr, se daba una ducha en el elegante baño del Directorio. En todos esos años, jamás había visto a un Director llegar antes de las 11 de la mañana. Un día, después de ducharse, mientras se cambiaba la ropa en uno de los compartimentos del baño, escuchó que dos hombres entraban discutiendo. Aunque hablaban en voz baja, Phetersen tenía muy buen oído y alcanzó a escuchar que uno de los hombres repetía que había que *bajarlo* a Bater como fuera, decía que era una prueba muy obvia que podía tirar abajo todo el negocio. Que si seguía investigando, tarde o temprano se conocería la verdad, estamos viviendo la era de la comunicación y Dylan es un periodista o te olvidás que en algún momento lo van a invitar

de algún programa de televisión y eso sería el fin. Louis Phetersen jamás entendió de lo que hablaban. Lo que sí entendió, cuando murió Dylan, es que él tenía que dejar de hablar. Y así lo hizo, pidiendo un cambio de sección.

Los ojos de Peter se fijaron en la frente sudada de ese viejo periodista que de tan acostumbrado a buscar la verdad, había aprendido a convivir con la mentira. Hasta que el chico, cayó en la cuenta de que había algo que faltaba: si él estaba ese día en ese lugar hablando con ese hombre era porque había encontrado su número de teléfono directo en un papel de su padre, junto a una clave. Como si le hubiera adivinado el pensamiento, después de una pausa, Phetersen volvió a hablar.

- *Hay algo más: durante muchos días, no le dije a nadie lo que había escuchado en el baño. Conociéndolo a tu padre, si se enteraba de que había algo sucio dentro de la redacción, no iba a detenerse hasta saber de qué se trataba. Y si lo hacía, seguramente iba a morir. Así que lo único que hice fue llamarlo, impostar la voz, e*

insinuarle que estaba demasiado cerca, que se cuidara, que algo extraño había para que nunca haya salido su foto en su columna.

Phetersen también le contó de la extraña amenaza que había recibido Dylan Bater unos días antes de morir: una foto suya marcada con una cruz roja, pero con otra ropa y en un lugar en el que, según había asegurado Bater, jamás había estado.

- Una foto puede ser el principio del fin, dijo una vez tu padre. Y yo nunca entendí a qué se refería. A lo mejor me ayudes a entenderlo algún día, comentó con resignación Louis Phetersen.

Agotado después de tanto hablar y recordar, Phetersen le propuso a Peter volver a encontrarse al día siguiente, pero en otro lugar. Peter le explicó cómo llegar al bar donde había conocido a su nueva amiga.

A la noche, después de cenar más de la cuenta en lo de Mary, fue a la fiesta en el bar. Quedaba cerca, así que pensó que si se aburría, se volvía. El encuentro con Phetersen de la mañana había

sido tan intenso, que le costaba dejar, aunque sea por un rato, el recuerdo de su padre. La pista fue, para Peter, como ver una película en vivo. La gente que bailaba, las parejas que se escondían en la parte oscura del bar, las chicas que hacían fila en el pasillo para entrar al baño, Peter disfrutaba de la fiesta como un espectador, sin participar.

El dueño del bar y su mujer se acercaron en un momento a saludarlo. Y se quedaron conversando con él gran parte de la noche. El hombre conocía Tustin porque su única hermana vivía allí hacía veinte años. Y aunque Peter había vivido allí desde los 14 años, le contó cosas de esa ciudad que desconocía. Como por ejemplo que allí vivía Daniel White, uno de los autores de suspenso más renombrados de la última década.

El dueño del bar era un fanático de los thrillers, por lo que encontró en Peter un excelente interlocutor.

Como Caroline era una de las organizadoras, por momentos aparecía y desaparecía. Cuando le tocó atender la barra - que el dueño había

prestado a los estudiantes con la condición de que él no hiciera nada- se quedó mirándolo a Peter conversar animado con el dueño y su mujer. *Parece el hijo*, pensó Caroline. *Parece un hijo que necesita un padre*, siguió pensando, haciendo *psicologismo*, algo muy habitual en los estudiantes de esa carrera.

Peter se quedó hasta el final de la fiesta, siempre sentado en el mismo lugar. No bailó, tampoco habló con otras personas más que con el dueño del bar y su mujer. Después de que Caroline se despidiera de sus compañeras, Peter le preguntó si quería que la acompañara a su departamento. Caminaron en silencio la cuadra que separaba el bar del edificio donde la estudiante vivía con sus compañeras. Al llegar a la puerta, Caroline buscó las llaves en su cartera y lo hizo pasar. El departamento estaba todo desordenado. Dos amigas dormían en un amplio sofacama en el living. Caroline lo llevó a la habitación, con la excusa de no despertar a sus amigas. *Parece todo arreglado*, pensó Peter que no podía dejar

de pensar como detective.

Pero Caroline desapareció, dejándolo solo en la habitación. Volvió al rato, con dos tazas de café. Pero Peter se había quedado dormido. Ella se acostó al lado y también se durmió.

A la mañana, lo despertaron las risas de las compañeras de Caroline, que habían abierto la puerta para llamar a su amiga y la habían encontrado acompañada por ese desconocido.

Caroline se levantó para explicarles. Después, entró a la habitación y cerró con llave. Se acercó a Peter, lo besó y después se acostaron con la naturalidad y la confianza que tiene los viejos amantes.

Enroscado en medio de las sábanas, Peter miró el reloj. En media hora tenía que encontrarse con Louis. Se despidieron y quedaron en encontrarse a la noche.

Cuando llegó al bar, Louis estaba sentado en una mesa junto a la ventana. Se lo veía preocupado. Enseguida supo a qué se debía su preocupación. A la mañana, aprovechó que no había nadie en la

redacción, para buscar en el archivo algún dato más de Dylan Bater. Pero no había ningún expediente. Entonces Peter le preguntó si recordaba cual había sido la comisaría que se había ocupado del accidente. Louis Phetersen pudo recordar enseguida, ya que él se había ocupado de continuar con los trámites para que la familia pudiera retirar el cadáver al día siguiente.

Fueron juntos, pero Louis esperó en la vereda. Dos horas más tarde, Peter salió desalentado. Después de buscar en la computadora y en un fichero, el oficial no encontró nada con el nombre de Dylan Bater. Era probable que el expediente se hubiera perdido en la morgue, que quedaba a la vuelta. Pero allí tampoco había ningún papel ni registro de alguien con ese nombre.

Después de comer algo parados en la barra de un bar que estaba al lado del Metrópolis, a Phetersen se le ocurrió buscar nuevamente en el archivo del diario, pero en el buscador fotográfico. En un compartimento que nade conocía, Louis Phetersen había conservado una foto que

se había sacado con su amigo cuando ganaron un sorteo que habían organizado los empleados del Metrópolis. Louis era muy respetado por sus compañeros, especialmente por las mujeres, que agradecían su trato cortés, por lo que no tuvo ningún impedimento para ingresar con su joven amigo, al que presentó como un sobrino que estudiaba periodismo.

La computadora escaneó la foto y después de tres minutos interminables, apareció el resultado en la pantalla. La foto era la de su padre, pero para sorpresa de ambos el nombre era otro. Decía Ted Williams, 45 años, abogado. También figuraba un número telefónico, una dirección y un currículum, en que decía que trabajaba desde hacía 20 años en uno de los estudios de abogados más importantes de Nueva York.

Louis Phetersen se quedó atónito al leer el nombre del estudio: ese era el estudio que durante mucho tiempo se había ocupado de varios asuntos legales del diario.

- *Durante años se dijo que los dueños del*

Metrópolis eran los mismo dueños del estudio, de ese modo todo se resolvía en casa... recordó el periodista. Confundidos, Peter y Louis se encerraron en la oficina de este último a pensar.

- Mi padre está vivo, dedujo el joven, está vivo pero con otro nombre. Quizá sabía algo y entró al programa de protección de testigos, siguió.

- No puede ser, afirmó Louis. Nadie lo sabe, pero cuando fui a buscar el cadáver, pedí verlo, por más de que nadie me lo había pedido. El cuerpo que vi era el de Dylan, estoy seguro.

Esa misma tarde, Peter llamó al estudio de abogados Morrison & Co. y pidió cita con Ted Williams por un "asunto familiar".

Peter tuvo dos semanas para preparar su táctica. A pesar de la larga espera, Peter tuvo en qué entretenerse. Caroline se convirtió en su mejor amiga. Y también en una fogosa amante. Sus encuentros siempre estuvieron rodeados de ropa tirada, tazas de desayuno, y, sobre todo, papeles de apuntes por todos lados.

El 10 de Abril Peter durmió en la casa de Mary.

Era una mujer mayor que se preocupaba cada vez que él no aparecía por las noches. En el fondo, a ella le alegraba que hubiera encontrado una chica decente y estudiosa como Caroline, a la que había invitado a comer en varias oportunidades. La pareja se divertía con los comentarios y las anécdotas de esta señora que había dedicado su vida a la crianza de niños ajenos.

El 11 de Abril a las 8:15, Peter entró, con su traje color claro, a la imponente recepción de uno de los estudios de abogados más reconocidos de toda Nueva York. Ventanas que llegaban del piso hasta el techo, ascensores con voz femenina y acento indescifrable, anunciaba cada piso; recepcionistas que parecían vestidas por alguna marca de la 5ta. Avenida. Los pasillos parecían un catálogo de perfumes de algún free-shop.

En el quinto piso, lo esperaba una secretaria, que le entregó una factura por la consulta: U\$\$ 150. Peter, sacó un pequeño bollo con los billetes, y se lo entregó. Sin tener que esperar, la secretaria lo acompañó hasta una enorme sala, con

mesa de directorio, pantalla tridimensional para presentaciones y computadoras personales a ambos lados. Ese modernismo se enmarcaba con varios retratos con marcos labrados de bronce del Dr. Matheu Morrison, Matheu Morrison Jr. y Jim Matheu Morrison, seguramente el nieto de primero. En el ala opuesta, había retratos más pequeños, también con marcos de bronce, con las fotografías de todos los abogados que pertenecían a la firma. Entre ellos se encontraba el retrato de Ted Williams.

Peter pensó que no iba a poder superar los nervios que sentía, ese hombre era idéntico a su padre. ¿Sería su padre?. La secretaria, que seguía parada, esperando al abogado, le ofreció agua. No pudo terminar de tragar, cuando vio aparecer por la puerta al abogado. Peter sonrió y lo miró sin disimulo durante un largo rato.

Después de tomarle algunos datos personales, Ted Williams le preguntó qué podía ser tan importante para que un joven de su edad pagara a un abogado una consulta de 150 dólares. Peter

no contestó. Sólo abrió el sobre de papel madera que tenía en sus manos y sacó la ficha que había impreso en el archivo del diario.

El abogado se rió y hasta hizo un chiste.

- *Tengo fotos mejores.*

Con la voz un poco temblorosa y sin saber por dónde empezar, Peter le explicó qué estaba haciendo en Nueva York. Sin nombrar en ningún momento a Louis, al hablar del diario *Metrópolis*. Ted Williams comenzó a mostrar interés en el relato de ese joven. Lo que Peter olvidó aclarar, en su completo y compacto monólogo, fue la relación que tenía su historia con el abogado.

- ¿Y?, preguntó Ted Williams, demostrándole que todavía no comprendía en qué pleito podía participar.

Peter se guardaba la última carta para el final. Sin abrir la boca, sacó de su arrugado y sucio sobre una fotografía, la única que había conservado su madre.

- *No entiendo*, dijo confundido Williams, *¿qué es esto?. No tengo hijos, tampoco recuerdo*

haberme sacado jamás esa foto. Ya entiendo, murmuró Ted Williams, mientras por su teléfono celular se comunicaba con alguien del estudio.

Peter espero, un poco desorientado.

A los pocos minutos, entró a la sala un abogado, que se presentó como Ruy Joseph.

- Es mi deber informarle, joven, que no es la primera vez que llega alguien a reclamar la paternidad de Ted Williams. Parece que la noticia de su rara enfermedad despertó al avaricia de cuanta mujer salió con Ted. Primero deberá completar estos formularios, después le pediremos los estudios que corresponden... Con una computadora es fácil trucar fotos, deberían prohibir esos programas...

Peter lo interrumpió. No era eso lo que había ido a buscar.

- Esta foto no está trucada: pero eso no es lo que importa. Lo que importa es que el de la foto era mi papá, Dylan Bater, y no usted.

William volvió a mirar la foto. De nuevo usó su teléfono celular, pero esta vez para llamar a

la secretaria.

- Mándame algún perito ya mismo, le ordenó.

El perito observó con lupa la foto, y luego se la llevó para escanearla.

Veinte minutos más tarde, trajo la foto ampliada al 300%.

- No está trucada, doctor, señaló.

Williams le hizo un gesto para que desapareciera. También a su colega le indicó que podía retirarse. Por orden suya, su secretaria suspendió todas las reuniones de la tarde.

- Llegaste en el momento justo, Peter. Le dijo Ted Williams, dejando de lado su acartonado perfil de abogado exitoso.

Lo invitó a comer al restaurant que había en el último piso del edificio. Con la ciudad de Nueva York a sus pies, Ted Williams y Peter Bater hablaron como si se conocieran de toda la vida. Lo primero que hizo Williams fue aclararle que jamás había conocido a su padre, que siempre había leído sus columnas en el Metrópolis, pero nunca se lo había cruzado.

La esperanza de que ese hombre fuera su padre, con otro nombre, otra historia, había empezado a desaparecer en el momento mismo en que Ted Williams entró a esa enorme sala de reuniones. Era demasiado joven para ser su padre, que de no haber fallecido, tendría 57 años.

Como abogado, a Williams le resultó muy extraño que ni en la policía ni en la morgue tuvieran información de la muerte del periodista. Pero había algo más que le atraía de ese caso. Ese chico estaba buscando a su padre, aunque fuera en un archivo, mientras él, desde que se había enterado de su enfermedad, sólo pensaba en el hijo que nunca había tenido.

Ted Williams nunca conoció a sus padres biológicos. Tampoco a su madre adoptiva. George y Brenda Williams habían buscado un hijo durante muchos años. En esa época casi no había especialistas en fertilidad. Sólo habían encontrado a un especialista, que no era médico sino biólogo, que los había orientado en ciertas cuestiones hormonales, que estaba investigando. Fue el

mismo biólogo quien los llamó una madrugada de otoño para contarles que en la fundación en la que trabajaba habían dejado abandonado a un bebé que apenas tenía una semana de vida. George y Brenda fueron papás pero la felicidad duró poco. Su mamá contrajo una extraña enfermedad y murió cuando Ted tenía seis meses. Ahora, Ted Williams tenía, aparentemente, la misma enfermedad, a pesar de no haber sido Brenda su madre natural.

De chico, Ted viajó por el mundo con su padre. Cuando tenía que entrar a la escuela, su padre, decidió establecerse en Chicago. Allí estudió su carrera de abogacía. Con el mejor promedio, entró a trabajar de asistente en un estudio reconocido de abogados. Allí se quedó para siempre, no tanto por el éxito aparente sino porque era el ambiente más familiar en el que había estado jamás.

Sin conocer nada de su pasado, Ted Williams se propuso construir un futuro sólido. Lo hizo. Aunque jamás pudo compartir su fortuna con

nadie por demasiado tiempo. Había pasado por cuatro matrimonios. El motivo del divorcio siempre había sido el mismo: su falta de presencia y de compromiso, en ese punto también se parecía a Dylan.

La luna empezaba a asomar sobre Manhattan. Ted y Peter estaban exhaustos de hablar y de pensar. Williams tenía turno con su médico. Estaba haciendo un tratamiento para luchar contra su enfermedad, que se le había declarado unos meses atrás. Algunos de sus órganos estaban envejeciendo en forma vertiginosa y nada podía detenerlos. Peter le dejó el teléfono de la casa de Mary, Ted le dio su tarjeta personal donde anotó su teléfono particular.

Por la mañana, Peter llamó a Louis Phetersen para contarle del encuentro. Louis lo había llamado cuatro veces a lo de Mary para saber qué había pasado. Pero Peter a la noche no tuvo ganas de hablar con nadie. Ni siquiera con Caroline.

- *Cada vez estamos más cerca*, dijo Louis, aunque en realidad no sabía cerca de qué.

Después, Peter fue al bar, a encontrarse con Caroline. Ella lo dejó hablar. Aunque primero lo dejó llorar. Ni Peter estaba acostumbrado a llorar, ni Caroline estaba acostumbrada a ver llorar. Después, Peter empezó a hablar y hablar. Le contó lo que sintió cuando vio a Ted Williams, le habló del éxito que tenía como abogado pero también del fracaso de su vida personal. Le explicó de la rara enfermedad que lo afectaba.

Aunque no tenía nada que ver con lo que estaba hablando, en un momento Peter sacó el papel con el garabato que había hecho de chico. Al verlo, Caroline se rió. Justo estaba estudiando el análisis de los dibujos infantiles.

- *El sol es la figura paterna*, explicó con voz de psicóloga. *Mirá qué grande que lo dibujaste, se ve que aunque lo veías poco, lo querías mucho.* Pero hubo algo más que llamó la atención de la chica. Leyó lo que había escrito del otro lado de la hoja. La palabra clave que nadie había llegado a aclarar.

Peter siguió hablando. Le contó que esa noche lo

había invitado a comer a un restaurante que había sobre el río, si lo quería acompañar. Le describió cómo era la oficina, cómo vestían las secretarías, se rió cuando se preguntó si los zapatos de los abogados cumplían la función de espejos.

- *CLON*, gritó Caroline.

Peter la miró, pensó que era una marca de zapatos.

- *CLON*, volvió a decir Caroline.

Lo que Peter no pudo averiguar leyendo libros de misterio, lo que el abogado no pudo deducir a pesar de estar acostumbrado a los interrogantes, pudo aclararlo Caroline.

- *Celeoene es clon, pero deletreado. CE, ELE, O, ENE, son las letras de clon.*

Peter salió corriendo del bar. En la vereda, apoyó su cara en el vidrio, y le sonrió. Se fue directo a la oficina de Louis Phetersen, pero no lo encontró. Entonces, llamó al celular de Williams, que le dijo que fuera enseguida para su oficina. Antes, pasó por lo de Mary a buscar las cajas con las pertenencias de su padre. El rompecabezas se estaba empezando a armar.

El abogado escuchó a Peter con mucho interés. Después, se sentó en una silla de la gran sala y pidió que le acercaran una jarra de agua y su medicación. Mientras Williams tomaba agua, Peter fue desplegando todos los objetos que eran de su padre.

Ted Williams Y Peter Bater buscaron en los blocks y en las carpetas con informes y recortes, algún dato que les permitiera desenmarañar esa misteriosa madeja en la que cada vez había más semejanzas. Hasta que lo encontraron. En una de las carpetas había unos recortes -amarillentos, por cierto- que se referían al caso del laboratorio que había crecido explosivamente en poco tiempo. Era la primera vez que Peter leía alguna nota escrita por su padre, aunque en muchas oportunidades él le había pedido a su madre que le mostrara algún artículo de su padre, jamás había logrado leer una, por el sólo hecho de que su madre no conservaba ninguna.

En una de las notas, había una foto de un hombre. Debajo, el epígrafe decía: *El Dr. Tomas Jeins*

sostiene que la clonación puede ser la esperanza de un mundo perfecto.

Apenas Ted Williams terminó de leer esa línea, dejó caer el papel al piso. Su boca se había secado y le costaba pronunciar palabra. Peter lo miró en silencio. Habían pasado tantos años sin saber algo acerca de su padre que unos minutos, unas horas más, no iban a modificar nada. Cuando recobró el aliento, William tomó el papel del piso y señalando a ese hombre, le dijo a Peter: *Este hombre era amigo de mi familia y fue quien se encargó de entregarme en adopción. El fue quien intentó que mi madre quedara embarazada, aunque jamás pudo lograrlo.*

La memoria de Williams no le fallaba: Jeins era un científico renombrado que dedicó mucho tiempo de su vida al estudio de la fertilidad. Lo que Williams no sabía era que después de fracasar con su método de fertilización asistida, había desarrollado un proyecto de clonación humana. Ésto era lo que se insinuaba, por lo menos, en apenas una línea de la última nota que escribió

Dylan Bates sobre ese tema.

Como siempre ocurre, el principio de desastre para Williams, traía también un pequeño atisbo de esperanza. Cuando se le declaró su extraña enfermedad, su médico le aconsejó que averiguara todo lo que pudiera sobre sus padres biológicos, para saber si tenía antecedentes familiares de su afección. También, el médico le había recomendado conseguir algún dato más de la enfermedad que había matado a su madre que, según el relato de Williams, había tenido síntomas similares.

Ted Williams estaba exhausto, por lo que Peter se ofreció a llamar al laboratorio para hablar con Jeins, aunque ambos sospechaban que sería demasiado viejo para seguir trabajando, como también, demasiado polémico para ser fácil de ubicar.

Tal como imaginaban, la telefonista que atendió el llamado de Peter, ni siquiera sabía quién era el Dr. Jeins. Tanto fue que insistió Peter, haciéndose pasar por el hijo de un viejo amigo del

doctor, que después de averiguar durante largos minutos, la telefonista le informó que: *El Dr. Jeins se había desvinculado de la empresa en Marzo de 1985.*

- *Mi padre murió en Marzo de 1985*, murmuró Peter, temeroso.

En los últimos meses de 1984, Dylan Bater había publicado una serie de notas basadas en una investigación que él mismo había realizado sobre clonación humana, un tema que en esa época parecía ciencia ficción, por lo menos para el común de la gente. En un recuadro de uno de los artículos, Bater transcribía una entrevista que le había hecho al biólogo Dr. Tomas Jeins. El recuadro se titulaba: *¿Bebés perfectos?*. En la columna del día siguiente, Bater insinuaba la participación de un medio de comunicación masivo en ese negocio turbio. Después, jamás publicó nada sobre ese tema. Aunque sus anotaciones demostraron que Dylan Bater continuó con su investigación.

En un sobre color madera pequeño, también

encontraron una historia clínica de Dylan Bater y más de cien fotocopias de estudios que se había hecho en toda su vida. Los primeros correspondían a cuando Bater tenía 10 años, cuando había tenido que internarse en un instituto, debido a la anemia crónica que le duró seis meses. Por una extraña casualidad, dentro de ese sobre, que Peter jamás había abierto, estaban los boletines de la escuela. En todos tenía un promedio de 9,90. Y el instituto era el que, en esa época, tenía el Dr. Tomas Jeins.

Es probable que a los 10 años Dylan Bater prometiera un futuro perfecto. Tan perfecto que alguien quiso hacer una copia exacta. Sin embargo, hasta lo que parece perfecto, a lo largo del tiempo, deja de serlo. Ese fue el texto que Peter Bater publicó en la revista de la Universidad, como prólogo de su trabajo de investigación sobre la clonación humana, el día del 19 aniversario de la muerte de su padre. Fue el mejor regalo de cumpleaños que pudo hacerse. Como también lo fue, entrar en la Universidad a estudiar Biología

nuclear. Aunque quizás, el mejor regalo hubiera sido que Ted Williams no hubiera fallecido un mes después de enterarse que era un clon. Un clon de un periodista que trabajaba gracias a la imperfección. De su ciudad, de su país, de las personas, de la vida.



Se está más a resguardo a la vista de todos que a la vista de nadie, pensó Dylan Bater, al ver que el testigo del caso que estaba investigando, con quien tenía que encontrarse, en lugar de sentarse en una mesa del fondo del restaurant, eligió una de las mesas del centro del salón.

Las reflexiones de este periodista de investigación del diario Metrópolis fueron esperadas por una gran cantidad de lectores durante dos décadas. Hasta que en Marzo de 1985, la pluma de Dylan Bater desapareció del diario.